



Dimensión ocupacional de la actividad recreativa.

Por Nicolás Fierro
nfierro@boletinto.cl

La actividad recreativa, como medio de intervención en la práctica de la Terapia Ocupacional, no proviene de ésta misma y, por ende, las teorías que emanan de su estudio tampoco lo son. Esto plantea una problemática poco saldada, que tiene una relación directa con la ocupación humana, que es medio y fin de esta disciplina y objeto de estudio de la ciencia de la ocupación. Siendo así, ¿es posible considerar la actividad recreativa dentro de un espectro ocupacional? No en absoluto. Tal afirmación implica una serie de controversias históricas, que han limitado el avance investigativo y práctico de la disciplina. Como afirma Doris Pierce en su texto “Desenredando Ocupación y Actividad”, la clarificación de estos conceptos básicos para el desarrollo de la Terapia Ocupacional –ocupación y actividad-facilita el entendimiento por separado y dan significado a la vida humana junto con sostener el poder terapéutico *per se*. De esta forma, la autora distingue dos puntos clave: Subjetividad y Contexto, los cuales “desenredan” los vocablos referidos, le otorgan la especificidad requerida y sirve para argumentar por qué la actividad recreativa no puede ser plenamente considerada como una herramienta sólida de intervención.

En cuanto al primer punto, se hace necesario distinguir el valor que tiene la experiencia personal y el significado que le da el sujeto a la ocupación. De manera distinta, pero no menos válida, la actividad aparece definida culturalmente, estableciendo patrones descriptivos y prescriptivos que realzan la experiencia humana típica. A esto, podemos agregar el valor que guía el procedimiento de una actividad realizar la actividad correctamente-y que pueden actuar como limitantes oprimiendo la creatividad y la libertad. Así, sólo considerando el primer punto, se puede sugerir que dicho entendimiento de la actividad recreativa sobre la base de patrones culturales, obstaculiza el desarrollo de una conducta ocupacional y por tanto compromete los resultados esperados dentro del marco de cualquier intervención que la integre.

Sin embargo, no debo obviar el segundo punto clave: el contexto. Dicho de otro modo, otra diferencia que remarca la distancia entre ambos conceptos, lo constituye el contexto específico y temporal de una experiencia ocupacional, distinta de las expectativas más bien generales respecto del concepto o idea de actividad. Este punto, describe la dificultad de construir un escenario propicio para la experiencia ocupacional, pues la actividad recreativa –actividad al fin y al cabo– sólo maneja aspectos esperables o especulativos de un contexto que, si bien puede incentivar la inclusión y participación del sujeto en la “actividad” y así generar una experiencia ocupacional, corre el riesgo de no lograrlo.

No obstante, la realidad basada en la apreciación diferenciada de ambos conceptos no es del todo sombría. Uno de los fundamentos por los cuales la actividad recreativa puede ser útil en una intervención, considerando todas sus características y fines, lo constituye la idea de actividad como guía a la experiencia ocupacional. Esto, debido a que la idea de actividad, definida socioculturalmente, se constituye como una parte de nuestra experiencia, siendo la ocupación precisada por ésta y complementada por aspectos culturales que, en función de la valoración atribuida, sirve como una guía general hacia tal experiencia. No es posible prescindir, sin embargo, a la necesidad de contemplar la actividad, comprometerse y lograr una participación activa dentro de ésta, que conduce al sujeto a una conducta ocupacional individual y satisfactoria.

Continuando con las apreciaciones referidas en los párrafos anteriores, se hace necesario mencionar también la distinción que hace Ann Wilcock de ocupación y actividad. En cuanto a esta última, la describe como el estado de ser activo, la acción, que define tareas o acciones específicas. En contraste, ocupación la define como parte del diario vivir, y menciona su propositividad individual y los procesos internos que subyacen a la ocupación antes de involucrarse en ésta, así como especular los resultados futuros de la conducta ocupacional. Asimismo, agrega que la ocupación provee los mecanismos que permiten la interacción, el desarrollo y el crecimiento social, indispensables para ejecutar propósitos grupales y, en consecuencia, acarrear a la autogestión. En otra arista, destaca lo referido al uso del tiempo, que en un sentido ocupacional otorga el sentido de propósito y –añade Adolph Meyer– mantiene y balancea el organismo del individuo, siendo indispensable este uso del tiempo para una vida saludable.

Por otro lado, Reed y Sanderson mencionan a la ocupación como íntimamente ligada al desarrollo ontogénico individual, por lo que la ocupación tendría efectos beneficiosos en la maduración sensorial, física y psicológica de la persona, en la participación social y el desarrollo emocional del sujeto. Dicho sea de paso, Kielhoffner asegura que la repetición de comportamientos ocupacionales contribuye a la organización de las estructuras físicas y mentales del sistema humano, es decir, la

inclusión del individuo en sus ocupaciones, genera y mantiene cambios en las disposiciones, creencias y capacidades del sujeto. A lo anterior, se agrega también la teorización que hace Reilly de la conducta ocupacional, argumentando que las ocupaciones son un potente medio mediante el cual los individuos pueden experimentar satisfacción en su día a día, la posibilidad de tomar riesgos, resolver problemas, competir en habilidades y advertir placer en sus logros, ligado a la naturaleza productora y creadora del hombre. Reilly también describe las aptitudes, habilidades, intereses y motivaciones que conciernen al rol ocupacional y que constituyen la conducta ocupacional del individuo.

Entonces, ¿qué injerencia podría tener esta actividad recreativa en la experiencia ocupacional de un ser humano?

Ya que parecería insensato acabar la discusión sólo refiriendo las diferencias que plantean dos conceptos fundamentales para nuestra disciplina, es necesario detallar ciertos aspectos que facilitan esta “ilación ocupacional” imprescindible para toda intervención de este tipo. El primero de ellos es la existencia de una planificación de dicha actividad recreativa siguiendo un análisis contextual a nivel macro y particular de cada individuo, que reduzca a un mínimo las dificultades para la inclusión de los usuarios dentro de las acciones propuestas y que lo lleven, paulatinamente, a una experiencia ocupacional sólida que – mencionando las palabras de Reilly–satisfaga su realización y los comprometa en ella. Se requiere guiar dicha experiencia, tomando en consideración los caracteres propios de los usuarios y facilitar, además de su involucramiento, los procesos internos que menciona Wilcock en cuanto a la conducta ocupacional, que guían el “hacer” del ser humano. Por otro lado, es de vital importancia evadir la alienación ocupacional, resultante de la inserción en ocupaciones que no satisfacen las necesidades internas del individuo, que nos coarta la posibilidad de desarrollar ocupaciones significativas en el usuario e indica, nuevamente, la importancia de generar múltiples alternativas en la implementación de actividades recreativas para reducir los fracasos y no menoscabar la experiencia individual ni sus expectativas.

Otro aspecto interesante corresponde a la apreciación que suministra Clarke, quien afirma que la ocupación se constituye como humana al ser un vehículo simbólico, al estar ligado a la experiencia individual. Este componente simbólico –y en parte emocional–de la ocupación, nos refiere a un ámbito puramente psíquico, ligado –como refiere Wilcock–a las características y capacidades de los individuos que fundamentan la naturaleza ocupacional humana, en relación con aspectos biológicos y evolutivos. En este sentido, aparece la creatividad, que incluye todas las capacidades humanas que permiten mediante la ocupación sobrevivir saludablemente y como especie: el bipedalismo, la función de la mano, el lenguaje, la visión, la conciencia, la homeostasis y el sueño. Entendiendo la

creatividad como una capacidad inherente al hombre, también es atingente distinguir su relación con el pensamiento simbólico, que capacita al ser humano para hacer conceptualizaciones y razonamientos de tipo abstracto. Dentro de toda forma ocupacional el pensamiento simbólico es ineludible y constituye el vehículo de la ocupación, el significado, sentido y motivación por el hacer humano; cualidades que permiten al hombre vivir la ocupación y transportarlo a una dimensión creadora del mundo y de sí mismo.

Recapitulando los párrafos anteriores, la actividad recreativa –como medio de intervención– debe proveer de una experiencia que facilite la conducta ocupacional y no sólo otorgue entretenimiento. Es necesario que comprometa al sujeto, satisfaga necesidades, aporte experiencia, evite la enajenación y sirva como apresto a la ocupación en contextos reales. Por lo tanto, si bien la actividad recreativa no puede ser considerada dentro de un espectro ocupacional sólo valiéndonos de definiciones lingüísticas, ésta es imprescindible en el desarrollo de las ocupaciones humanas, convirtiéndose en un vehículo útil y que, de ser planificada correctamente, posibilita al ser humano de experimentar satisfacción y comodidad con sus ocupaciones posteriores.

“Recreación no significa crear de nuevo, sino crear una experiencia ocupacional significativa que forje competencias en el individuo con el fin último de optimizar su adaptación al entorno físico y social.”